

UNA noticia fechada en París, concierne al ex Emperador Bokassa, me brinda la feliz ocasión de proclamar la envidiable situación pública de nuestro amado país, y para reflexionar, al propio tiempo, acerca de su ejemplar Historia. La noticia a la que me refiero no aparece en la primera plana de los periódicos, porque Bokassa no es ya más que un pobrecito asesino exiliado, repudiado áspicamente por el capital monopolista internacional, que ha encontrado una cara menos impresentable para hacerla figurar al frente del Estado en la República Centroafricana, y continuar saqueando sus riquezas naturales y elevando el nivel de vida de sus habitantes. Por ello, el hallazgo de esos cadáveres desviscerados en el frigorífico de la residencia imperial de Kolongo no puede vestir el aire sensacionalista que cabría atribuirle si el hecho estuviera relacionado con alguna personalidad felizmente reinante. Pero hay más: esa antropofagia resultaría, en todo caso, mínimamente escandalosa en España, donde se asiste a la desmembración del cuerpo social, a lo largo de un sangriento proceso que tiene asentadas sus raíces en nuestra más rancia tradición, y que florece estos días, una vez más, con el asesinato y el terror.

—Estoy asustado —me dijo mi amigo Nacho. Y tan asustado estaba que cuando me disponía a pedir media frasca de vino para acompañar a los caracoles que nos habían servido en cierta tasca madrileña, Nacho me sorprendió encargándole al camarero sendos "gin-tonic", bien cargados de ginebra. Por lo demás, creí que las palabras de Nacho, que había asistido días antes a una reunión con gentes de alto copete, no eran sino la expresión individualizada del sentimiento de temor que embarga a los espíritus de todos los españoles. Incluso el mío, que sirvió en Tiradores de Infantería.

—Fue una fiesta... —y vaciló— peculiar. El trago de ginebra, después de la ingestión del cuerpo oscuro y blando, fuertemente picante, del caracol, me supo a rayos, como si me hubiera tragado un "scotch-brite" empapado en lejía.

—Cuenta —le dije, cuando reintegré la lengua a la boca—. Dame detalles.

—Tú conoces a mi padre —comentó Nacho, y yo di un gruñido, que era una manera grosera, pero discreta, de mostrar mis sentimientos de incompatibilidad personal con tamaño especulador—. A la salida del hospital recibí una invitación para acudir a cierta casa de un barrio de lujo.

Conocedor de la alta cuna de Nacho, no vela yo, hasta ese momento, motivo de particular inquietud. "¿Todo fue bien?", le dije.

—Todo fue cotidiano, habitual, mientras tomamos las primeras copas —replicó Nacho, mirando tristemente el fondo de su vaso vacío—. Pero cuando la anfitriona anunció, moviendo la sotabarba como un guacamayo, que había decidido sustituir la cena por un plato único, pura cocina española, dije, la impresión desagradable que me habían producido sus huéspedes se convirtió en franco temor.

—¿Gente desagradable, sin modales?

—Al contrario —aseguró Nacho—. Era gente distinguida, a tono con la casa.

—¿Entonces?

—Lo que me preocupaba esencialmente, como si en la recámara del cerebro hubiera ya almacenado una sutil señal de alarma, eran unos gemidos, de

naturaleza indescifrable, semejantes a los aullidos de un perro, que sonaban allá dentro, en las profundidades de la casa, o quizá en el sótano. Bebiémos un líquido rojo, espeso, que manchaba los labios de los asistentes, produciéndome una repulsión que me erizaba el vello.

—¿Jarabe de granadina, quizá? —e intenté halagar su vanidad—. Tú eres un connoisseur, Nacho; no fastidies.

—En realidad, ese detalle no tiene ninguna importancia —replicó Nacho—, y se explica por sí solo, si se relaciona con lo que vino después.

—¿Y qué es lo que vino luego? —pregunté.

—No conozco los motivos —dijo Nacho—, pero es lo cierto que la

anfitriona me tomó del brazo y, en el "office", me dio una explicación confusa acerca de no sé qué problemas con el servicio doméstico y de la necesidad de que le ayudara a preparar el exquisito plato que nos había anunciado —Nacho se detuvo, puso su mano sobre las cáscaras vacías de los caracoles y apretó fuerte contra la mesa. Cuando la sangre brotó de la palma y una hermosa japonesa cercana gritó "¡Toguego!" y se le sentó en las rodillas, mi amigo continuó—: Con una tremenda cuchilla de matarife que la señora había depositado en mis manos, salí al jardín, envuelto en la oscuridad de la noche. Bajo un robusto tamarindo habla... Oh, Dios mío, no puedo explicártelo, resulta horrible —y su frente machacó repetidamente lo que restaba de la cáscara de los caracoles.

—Cálmate —rogué a Nacho, y sembré el local de simpatía y guapeza con mi mirada gitana—. No puedes defraudar a la japonesa —y añadí, como un padre—: ¿No sería el alcohol?

—No —gritó Nacho—. Entiéndelo, por Dios. Yo tenía que matar "aquello"; yo tenía que seccionar un miembro, o la cabeza de aquella forma enorme y no lo suficientemente imprecisa como para no intuir lo que tenía de familiar.

—¿Tenía cabeza, ojos, piernas humanas?

—Tenía cientos de miles de todas esas cosas. Y, sobre todo, lo más patético, lo que me hizo encanecer de golpe...

—Habla de una vez, leche.

—Estaba atada, ¿entiendes?, indefensa. Como si hubiera sido llevada a allí con algún engaño y atada al sólido tronco del tamarindo.

—¿Le asestaste la cuchillada?

—No seas imbécil —replicó finalmente Nacho—. Sentí una angustia indecible al revelarme de pronto la verdadera naturaleza de los planes que preparaba la gente dentro del chalet. Y aunque tembloroso, todavía tuve fuerzas para soltar al cuchillo y salir, huyendo, hacia la calle.

Cuando Nacho se disponía a apurar de un trago su quinto "gin-tonic", detuvo su mano. No podría decir con precisión si porque quería evitarle la borrachera o porque le noticia de un nuevo asesinato, que saltó bruscamente desde la radio, me hizo recordar con particular temura el peligro que corría la indefensa y querida bestia a la que se había referido mi amigo. Lo más natural es que mi gesto obedeciera a que Nacho tiene unas trampas incómodas; sobre todo, cuando se le complican con ciertas desatenciones intestinales, absolutamente ingobernables, y no hay taxista en Madrid que nos quiera llevar a casa. ■

Caracoles con gin-tonic

ANTON AMARGO

LIBROS

La negritud de la novela negra

Chester Himes está considerado como un epigono, pero en talento y oficio no tiene nada que envidiar a los maestros. Además de ser un típico exponente de la mejor literatura "hard-boiled" norteamericana, por su manera de escribir, lo es también por su trayectoria biográfica.

Como McCoy, Chandler y Hammett, es un autodidacta del lado gris y desalmado de la sociedad capitalista. De la Universidad de Cleveland pasó a la cárcel por un robo a mano armada, amén de trabajar en varios empleos de humilde catadura para ganarse el dólar de la supervivencia.

Pero además, Himes es negro, un negro de Missouri trasplantado al Norte industrial, donde sus hermanos de piel se amontonan en los ghettos, rodeados siempre del poder y el dinero del hombre blanco, que sabe esgrimir el garrote de la autoridad cuando hace falta. Este sencillo hecho histórico y social es el punto de partida y el eje de toda la obra del novelista, que, en algunos aspectos, ha sido comparado por el historiador de la novela policíaca Fereydoun Hoveyda con Dickens y Balzac.

No es del todo descabellada la parcial comparación de Hoveyda por lo que respecta al universo negro neoyorquino, escenario también de la trama del último título de Himes editado en España, "Corre, hombre" (1) ("Run man, run") (1967). Una novela agria, donde no aparecen los detectives Sepulturero Jones y Atad Johnson, y sin las concesiones humorísticas con que el autor acostumbra a salpicar otras de sus obras.

¿Qué pasaría si un negro, mozo de restaurante, acusa de asesinato a un psicópata ebrio, que es policía y blanco, y además tiene oculto un revólver con silenciador con el que acaba de matar a dos negros a sangre fría? Evi-

(1) Chester Himes: Corre, hombre. Bruguera Libro Amigo, Barcelona, 1979.